

Adela: cada cosa en su momento.

Seudónimo: Oneka

Dejé Bolaños de Calatrava, he regresado definitivamente a mi casa de Quintanilla de Arriba, juré morir donde había nacido y no sé si he hecho bien, me siento muy solo, aquí no me queda nadie, paso muchos ratos pensando en Adela ¡qué mujer!, ¡la echo de menos!

Conocía a Adela de vista. Cuando me jubilé me dio por matar ratos entregado a la charla, cosa rara en mí hasta ese momento. Un buen día, estaba sentado sólo en un banco de la plaza, ella se acercó despacio con su mucha edad, cachaba de apoyo, algo regordeta, vestida con pulcritud y elegancia, pelo muy blanco y muy corto, gafas de esas que no pesan casi nada, muy modernas, comenzamos a charlar de cosas sin importancia, parecía alegre y despreocupada. Coincidimos muchas veces en el mismo lugar y cambiando impresiones, no olvido algunas cosas que le escuché: “Los recuerdos traen casi siempre remordimientos y el pensar en el futuro angustias, eso lo tengo muy presente, me he pasado buena parte de la vida con miedo a casi todo sin darme cuenta de que tenía que esforzarme en controlar los pensamientos, cuando lo hice conseguí sentirme mejor, salir de aquel encierro para siempre”. Un día que yo estaba bastante depre le conté que mi querido perro Cirilo se había muerto, que mi hermano Isidoro tenía una enfermedad terminal y que mi hermana Carmina no me hablaba desde el reparto de la herencia y me dijo solemnemente, viéndome tan derrotado: “Hay cosas que no tienen solución, ni buena ni mala, así que pasa página cuanto antes que el libro de la vida trae otras nuevas”. Me habló de que la importancia de las cosas está donde estén nuestros pensamientos, que si no piensas en algo es como si no existiera, que todo es pasajero como las nubes en Lanzarote. No entendí lo último, tampoco pregunté, tengo escaso interés en viajar para ver lo que hay en el resto del mundo, seguramente por mis fobias, cosas mías de la cabeza. No habla de su marido, falleció hace muchos años, solamente una vez me dijo que Amancio se portó bien, muy trabajador, que todo mérito lo atribuía a Doña Salud y Doña Constancia. Se siente muy orgullosa de sus dos hijos, Simón es un alto cargo en una gran corporación en Canadá, se casó con una

americana que conoció en Erasmus y tienen tres hijos, Teresa trabaja en una cooperativa agrícola, está casada y tiene dos hijas, alaba la labor que desempeñan ahora las mujeres, una vez me dijo: “Las ranas saltan y los sapos andan, por eso las mujeres, aunque parezcan más débiles y pequeñas, llegarán más lejos”.

Hace poco le llamé por teléfono para contarle mis penas y me contestó: “Manolo, a pesar de haber sido maestro, no eres listo del todo, sigues atrapado por los recuerdos y no tienes más futuro que el de una golosina a la puerta de un colegio, no dominas tu pensamiento, no sabes vivir el ahora en el ahora, no hay nada más, si lo hay es cosa de tu pensamiento y te conviene dominarlo de una puñetera vez, no pierdas más tiempo, deja de pensar en tus hermanos, en Cirilo, en esos vecinos que te caen mal, en Quintanilla de Arriba también hay gente buena para charlar, búscala”.

A pesar de que no es de celebraciones religiosas, la volveré a llamar por Navidad para la felicitación de las fiestas, dice que “la Iglesia es un comercio, los curas los comerciantes y al toque de las campanas acuden los ignorantes”, de niña y de joven iba mucho a misa pero luego cambió. Tiene un porrón de años pero sigue muy lúcida, me dice que ahora ya no sale, que “cada cosa en su momento”. Estoy escribiendo mi diario, me distrae, han salido unos rayitos de sol en este cálido otoño, es once de octubre, mi cumpleaños, voy hasta la plaza, como dice Adela, allí también hay buena gente para charlar.

FIN